

Podemos, pues, decir que la necesidad de hacer penitencia es una convicción universal; admitimos que no siempre le acompaña la práctica, no siendo en los casos de gran aflicción. Pero la necesidad enseña á rezar y la desgracia invita á la reflexión; lo que la frivolidad impide notar en la prosperidad, lo hace comprender la miseria. Basta una desgracia, para que el hombre entre en sí; entonces comprende inmediatamente que es una ilusión creer que después de pecar puede, sin satisfacción, eximirse de toda culpabilidad y de todo castigo. Entonces comienza á advertir que, como dice Séneca, ⁽¹⁾ nadie se puede absolver á sí mismo. La penitencia se cumple, no en virtud de un poder arbitrario propio, libre, sino en nombre de Dios; y al hacer eso, obra en nombre y en vez de Dios mismo.

5. Salvación de la virtud, de la justicia y del orden moral del mundo por la penitencia.—Por eso la satisfacción es una cosa tan excelente. Mala señal es creer que hacer penitencia y orar es bueno para gentes que no pueden hacer otra cosa. Winsbeke opina de distinto modo: «No es juego de niños, dice, ⁽²⁾ que el hombre quiera hacer la debida penitencia por sus pecados», Se debería mirar á cada penitente como un ser sagrado; es, en efecto, un instrumento de Dios, y un instrumento consciente y libre para restablecer la justicia violada por el pecado y, de esa manera, el bien general. Porque la justicia es la base fundamental del orden en el mundo, el baluarte de la virtud, el consuelo de los que sufren, la vida de los pueblos. Toda sociedad debe caer en ruinas tan pronto como deje de tener aplicación el principio: Á cada uno lo suyo. Cuando el mundo no crea deber á Dios honor y obediencia, á la conciencia fidelidad, á la ley respeto, al hombre justo premio, al tiranizado libertad, al malvado castigo, al orden perturbado reparación, no habría existencia posible; entonces desaparecería la virtud, se insolentaría el vicio y la seducción sería irresistible.

(1) Séneca, *Ira*, 1, 14.

(2) *Der Winsbeke*, 64, 8 y sig.

Por eso no podemos menos de estremecernos viendo al mundo tan dispuesto á despreciar los severos ejemplos de penitencia que ofrece la vida de los santos, y á burlarse de los términos con que los sacerdotes cristianos predicán la obligación de hacerla. Con esto él mismo se acusa, ó de muy poca reflexión ó de lamentable carencia del sentimiento de justicia. Nada más justo que cada uno sea castigado por donde pecó. ⁽¹⁾ Sólo justicia contiene la sentencia ⁽²⁾ de que cada cual debe sufrir penas y tormentos en proporción á su orgullo y á su complacencia en los deleites. En el purgatorio, vió Dante ⁽³⁾ á hombres que expían su orgullo oprimidos con piedras; ¿por qué se engreía vuestro altivo ánimo, exclama, siendo tan imperfectos? Los perezosos, avanzaban corriendo; excitándose los unos á los otros á la actividad; almas en quienes el fervor compensa quizá ahora la negligencia que por tibieza emplearon para el bien. ⁽⁴⁾ Los glotones están famélicos y sedientos junto á un árbol de exquisitos frutos y una fuente de fresca agua; ⁽⁵⁾ todos estos que lloran por haberse entregado al vicio de la gula, deben santificarse allí por el hambre y la sed.

Aunque la poesía contribuya mucho á exornar tales materias, ⁽⁶⁾ debe, sin embargo, admitirse que contienen un vivo sentimiento de justicia. No hay duda en que, teniéndole siempre despierto en los corazones el Cristianismo, y procurando que sus fieles restablezcan, á lo menos por la penitencia, la justicia que no han practicado respecto á Dios ni al mundo, es benemérito de la virtud y de la humanidad.

6. La obligación de la penitencia es la menos practicada, porque no apreciamos nuestro honor y nuestra libertad.—La severidad de la antigua disciplina eclesiás-

(1) Sap., XI, 17.

(2) Apoc., XVIII, 7.

(3) Dante, *Purgat.*, X, 115-119.

(4) *Ibid.*, 18, 88-107.

(5) *Ibid.*, 22, 131, 141.

(6) *Imitat. Christi*, I, 24, 3.

tica acerca de este punto, fué para el hombre un señalado beneficio; los reproches que ordinariamente se le hacen sólo prueban que hemos perdido el amor y hasta el sentimiento de la justicia.

Tal vez no comprendemos el testimonio que damos contra nosotros mismos cuando acusamos de tiranía á la Iglesia y censuramos sus leyes de penitencia como un rebajamiento del hombre. Precisamente fué gran mérito de la Iglesia el exhortarle para que restableciese por la penitencia la justicia tanto respecto de él como de Dios. Al hacerlo así, no sólo se mostró protectora del orden violado, sino que, y esto vale mucho más, levantó de su caída al mismo pecador, elevándole á un alto grado de energía moral. Pues ¿qué puede concebirse más sublime que traer á mejores sentimientos á quien con el pecado acaba de conmover los fundamentos del orden, del deber y de la ley? ¿Hay nada más bello que ver á ese mismo pecador restaurar con sus propias manos lo que fué deteriorado por él, siendo ya un ejemplo luminoso para todos, un bienhechor de la humanidad, un imitador, un colaborador, un soldado de Dios? Pues todo eso contiene la penitencia.

Quien no encuentre esto sublime, carece del sentimiento de honor; pero no le conoce el que no sabe estimar la verdad ni ama la justicia. Por desgracia, hemos perdido este sentimiento hasta el punto de que no encontramos ya nada deshonroso, en dejarnos castigar, como esclavos temblorosos, después de haber cometido un crimen contra la justicia de Dios. Los antiguos cristianos procedían de otro modo; en su confusión por haber tenido la desgracia de desertar de la bandera, hacían punto de honor colocarse durante la próxima batalla en primera fila, y con el estandarte en la mano, ser los primeros en atacar al enemigo.

Hoy la Iglesia, obligada por las circunstancias, hubo de ceder mucho de sus rigores de otro tiempo respecto á la penitencia. Los antiguos cánones que imponían penitencias de diez, quince y hasta de veinte años, con ayunos y

otras mortificaciones para ciertos crímenes, no son ya más que recuerdos, y lo que es más lamentable, hasta cayeron en el olvido. Mas con tales prescripciones, la ley de la satisfacción no fué suprimida.

En cambio, se permite la mayor libertad: en esta materia no tiene jurisdicción el poder de que disponen los tribunales; y aun cuando fuera posible aplicarlo, ¿de qué serviría eso á la justicia, ni qué provecho sacarían los hombres, si únicamente por temor cumpliesen su deber? La penitencia y la corrección forzadas pierden mucho de su valor; sólo el castigo de nosotros mismos, que libremente y con alegría ejecutamos, ó la aceptación voluntaria de un mal, sustituye á lo que el pecador está obligado á hacer ante Dios. ⁽¹⁾ La voluntad libre debe hacer que se castigue á sí mismo, ya que también le impulsó á cometer el crimen. ⁽²⁾ Y cuanto más se respete su libertad, tanto mayor es la obligación que le incumbe, y la responsabilidad si no la satisface.

Pero en eso precisamente hay que buscar la causa de que la satisfacción sea tan penosa. Nadie nos obliga á hacer penitencia: á nosotros cumple saber apreciar el honor que Dios nos dispensa dejándonos el cuidado de velar por los derechos de la justicia violada, ya nos impongamos voluntariamente una penitencia, en vez de esperar á que Dios lo haga, ya con tranquila resignación convirtamos los sufrimientos, que son el destino de todos, en prácticas de penitencia meritorias, por la aceptación resignada de una suerte que no podemos evitar. Pero el hombre debería ser más cuidadoso de su honor que las más de las veces lo es, para comprender á cuánto le obliga aquella confianza: parece como si nuestra libertad se creyese más frecuentemente llamada á destruir el bien, á profanar lo bello, á evitar lo noble y elevado, que á determinarnos en favor de aquello que reconocemos como ventajoso. ¡Ah! ¡Cuanto mejor sería para nosotros estar sujetos á una se-

(1) Crisóstom., *Sacerd.*, 2, 3.

(2) Dante, *Purgat.*, 21, 66.

vera disciplina en vez de quedar entregados á nosotros mismos! Pero, en la penitencia, únicamente vemos lo desagradable, y no la dignidad de la representación divina; lo mismo que en las exigencias de la justicia y en la ocasión de corregirnos, sólo vemos un duro castigo, á que nos sometemos nada más que por no ser posible otra cosa, y siempre con lamentos y murmuraciones. Por esto se comprende fácilmente que de todos nuestros deberes sea el de la penitencia el menos practicado.

Según eso, la penitencia se ha convertido realmente en aquel principio que sin razón se atribuye á Menandro; en la señal para distinguir á los hombres que comprenden su honor, de los que no tienen amor á la verdad ni sentimiento de justicia. ⁽¹⁾

7. Al deseo de hacer penitencia corresponde la fe en una Iglesia y en una autoridad divinas.—Como excusa para muchos, admitimos aún que haya otra causa de que sea tan difícil la penitencia.

Nuestro natural sentimiento de equidad nos dice, y la Sagrada Escritura lo confirma, que si nos juzgamos con severa justicia á nosotros mismos, Dios no nos condenará. ⁽²⁾ Sin embargo, respecto de esto, no podemos librarnos de ciertas dudas que nos producen ansiedad. Nuestra penitencia ¿puede en efecto compensar el castigo que Dios nos impondría? ¿Quién nos asegura que él la aceptará? ¿Quién nos dice en qué medida, cómo y cuándo debemos hacer penitencia? ¿Cómo podríamos resolernos á empezar la penitencia, ante la cual retrocede la naturaleza corrompida, si no hay una autoridad competente que, en nombre de Dios ultrajado, nos diga la manera de hacer penitencia, y pueda anunciarnos, satisfechas las exigencias de la justicia violada, que Dios se ha reconciliado con nosotros?

Pero no seamos injustos. Los hombres que no tienen la felicidad de conocer la Iglesia fundada por Dios, no se fa-

(1) Menandro, *Gnomæ. supplem.* (Didot, p. 101).

(2) I Corinth., XI, 31.

miliarizan jamás con la penitencia. La exhortación del Salvador á la penitencia sólo tiene significación cuando hombres vestidos de un poder sobrenatural se interponen, como sacerdotes plenipotenciarios, entre Dios y el hombre, y, de una parte, en nombre Dios excitan al hombre á la penitencia, y, de la otra, admiten, también en nombre de Dios, la penitencia del hombre.

8. La penitencia no es solamente un castigo, es también una purificación y una salvación para el alma.—Pero aun para los que admiten el sacerdocio, la satisfacción ofrecerá siempre dificultades. La penitencia no es solamente un castigo; sino que debe tener otros dos caracteres. Ha de ser un medio de purificar el alma, con lo cual, casi siempre experimenta el hombre qué raíces echó el mal en su naturaleza; sólo cuando se quiere arrancar la mala yerba, se advierte lo profundamente que arraigó en el terreno; pocas veces cede al primer esfuerzo, y siempre deja en el suelo raíces con las que retoñará de nuevo, ⁽¹⁾ pues son numerosos los filamentos que la ligan á su tierra predilecta. Nada tiene de extraño que el corazón se rebele contra la penitencia, y oponga la misma resistencia que un árbol cuando se le quiere arrancar del terreno en que ha crecido.

La satisfacción es también un medio de salud; debe contribuir á cerrar las heridas que el pecado ha hecho en la naturaleza, hacer que paulatinamente mueran las raíces que echó en el alma, y gracias á los que adquiere siempre nueva fuerza vital. Debe curar la debilidad de que la voluntad adolece, y aun de la parte sensible, efecto inevitable de la enfermedad mortal.

9. Es difícil hacer penitencia y cambiar de sentimientos.—Por lo dicho se explica la dificultad de cumplir este deber. El corazón se asusta como un niño que no está habituado al trabajo, que ha crecido en el bienestar, y á quien se pone junto á un arroyo en cuyas orillas crecen espinosos zarzales. Propiamente hablando, el hábito

(1) Tauler, 103, *Pred.* (Hambeger, II, 282).

nunca se convierte en naturaleza, pero arraiga, sin embargo, tan sólidamente, que todo nuestro ser se asimila lo que imbuyó en nosotros; ⁽¹⁾ por eso ya de antiguo fué llamada segunda naturaleza muy acertadamente, ⁽²⁾ y de ese modo se explica también que obre en nosotros con la fuerza propia de la naturaleza. ⁽³⁾ No hay duda en que es posible despojarnos de los hábitos adquiridos, pues únicamente de la naturaleza no podemos deshacernos, pero se necesita para ello verdadera abnegación. ⁽⁴⁾ Todas nuestras fibras sufren hasta que haya tenido buen éxito la operación, como se resisten las del árbol que durante años creció torcido cuando se quiera enderezarlo. El corazón, la inteligencia, la voluntad y los sentidos deben renunciar á aquello en que hasta entonces vivieron, y que se convirtió en indispensable como consecuencia de la costumbre. ¿Podrá el borracho vivir sin vino, ni el voluptuoso sin sus pasiones? Lo pueden sí, pero con penosos sacrificios. No es extraño que, con sólo pensarlo, todo su ser se extremezca.

Lo que los exploradores contaron á los hijos de Israel respecto al país en donde pensaban establecerse, se lo dice también con espantosas frases la naturaleza corrompida, con su habitual malicia, al corazón angustiado del pecador; es un país que devora sus habitantes, y está poblado de monstruos horribles; ⁽⁵⁾ ¿y querrías dirigirte allí? No conoces los caminos, ni tienes idea de los combates que te esperan, ni estás habituado á aquel género de vida. Apenas hiciste más que empezar, y ya todo te es penoso. ¿No experimentas la misma impresión que David cubierto con la armadura de Saúl? No podía andar, porque no estaba habituado á usarla. ⁽⁶⁾

(2) Aristót., *Rhetor.*, 1, 11, 3; *De memoria et reminisc.*, 2 (París, III, 498, 3); *Magn. moral.*, 2, 6, 40.

(2) S. Agustín, *Musica*, 6, 7, 19; *Opus imperfect.*, 1, 11.

(3) Sto. Tomás, *Contra gent.*, 1, 11. S. Agustín, *Op. imperf.*, 1, 91; *Contra Fortunat.*, 2, 22.

(4) Aristót., *Eth.*, 7, 10 (11), 4; *Magna moral.*, 2, 6, 40.

(5) Deuterón., XXVIII, 33, 34.

(6) Reg., XVII, 39.

Mientras que el ánimo del hombre se angustia, y la duda se apodera de él, las pasiones comienzan á formar en su interior una terrible tempestad. Nunca las sintió tales como entonces; creía haberlas dominado y se levantan contra él más furiosas que nunca. ⁽¹⁾ Su valor amenaza abandonarle; jamás el pecado se había presentado en grado tal; ciertamente vivía en él ya, pero vacilando como borracho, nunca tan dolorosamente había advertido su presencia. Mientras le dejó morar tranquilamente en su corazón, el traidor se guardó bien de manifestar su naturaleza de serpiente; pero ahora lo irritó, y el monstruo yergue su cabeza amenazadora, mostrando lo que en su rabia es capaz de hacer. El desgraciado pierde ánimos; cree ser de nuevo su presa; en aquellos asaltos desesperados, apenas se atreve á creer que es una señal de mejoramiento el que se defiende el mal contra los esfuerzos hechos para desarraigarlo.

Así es juguete de las volubles olas de la incertidumbre, víctima de penosa angustia. Por una parte, le atrae el deseo de una vida mejor; por otra, sus antiguos hábitos le impulsan hacia la sima donde vivió en otro tiempo. En su naturaleza noble arde el deseo de cosas sublimes, pero la inferior está consumida por la llama de la sensualidad. ⁽²⁾ Le sucede como si despertara bruscamente de un sueño penoso; siente verdadero tedio de haber permanecido tan largo tiempo en aquella situación, privado de sus sentidos y de la luz; pero el poder que le sujeta no suelta la presa y él no sabe oponer verdadera resistencia al dulce imperio que hasta entonces acató. ¡Estoy pronto! dice, pero déjame todavía un momento! Y ese pronto, ese momento no acaban nunca. ⁽³⁾ En tanto que vacila entre la debilidad y el deseo serio, la concupiscencia despierta con nueva fuerza, y desaparece su energía. Ya se pregunta si sus hábitos inveterados se han convertido para él en verdugos de que

(1) Greg. Mag., *Moral.*, 24, 27, 29, 30.

(2) *Ibid.*, 24, 26.

(3) S. Agustín, *Confess.*, 8, 5, 12.

nunca podrá librarse, ó si debe acoger á estos espíritus nuevamente nacidos que le atribulan, como compañeros del placer á que desde hacía tiempo, estaba habituado. ¿Debe creerse perdido después de haber hecho tantos sacrificios y vencido tantas dificultades? ¿No hay acaso medio de extirpar el pecado? ¿Es imposible la enmienda?

Verdaderamente, constituye amarga burla para el hombre, cuyas manos están ensangrentadas por sus esfuerzos para extirpar de su corazón las espinas del mal, el que la glacial filosofía profana, que tantas veces le engañó, no le deje en paz ni aun entonces. Todavía ahora—esperamos que por última vez—avanza hacia él, y le grita que se tranquilice y deje las cosas como estaban. ¿A qué tanto afanarse? La naturaleza del mal, dice Fichte el Joven, de acuerdo en esto con la doctrina de los fariseos, ⁽¹⁾ no es más que un hecho transitorio. El bien permanece siempre en el pecador con sus fuerzas íntegras; en él consiste restablecer su marcha normal; para esto, sólo necesita despertar en sí la fuerza del bien que en él existe. ⁽²⁾ Y aunque no puede libertarse del mal en sus pensamientos y en sus recuerdos, le basta olvidarse á sí mismo; si logra libertarse de sí mismo, quedará también libre del pecado. ⁽³⁾

Por eso, quien no puede libertarse de sus pecados, necesita únicamente olvidarse de lo que es, y de lo que ha hecho, y de cómo ha llegado á ser lo que ahora lamenta. Si no hubiere más dificultad que esa, ¿cuán voluntariamente se serviría la humanidad de un medio tan sencillo! ¿Con cuánto ardor procuró siempre aplicarlo! Pero su larga experiencia nos dice qué éxito puede esperarse de todo eso. ¿Cómo podría olvidar su culpabilidad quien la siente con tal violencia en el fondo de su corazón?

Pero ¿de qué le sirve acusarla, si está contaminado como antes? Todo consiste, pues, en que se corrija; pero su

(3) Langen, *Judhenthum in Palästina*, 378 y sig.

(1) J. H. Fichte, *Ethik*, II, 1, 151.

(2) *Ibid.*, II, 2, 493; II, 1, 183.

propio pasado le dice que no es bastante para esto el olvido de sí mismo ni la negligencia; precisamente son esos los procedimientos que le extraviaron; si persevera en tal sistema, podrá caer más bajo aún, pero no se corregirá jamás; luego no es el olvido de sí mismo, sino la reflexión, lo que debe salvarle; no está su salvación en seguir, como hasta entonces, sino en retroceder con decisión. Hasta que no haya convertido la ira en mansedumbre, los deseos inmoderados en continencia, la pereza y la desidia en abnegación de sí mismo, no podrá considerarse como mejorado. ⁽¹⁾ Es indispensable que pueda decir con verdad: *Non sum*; «Ya no soy lo que era; no me avergüenzo de confesar lo que fuí, desde que mi corazón cambiado me hace encontrar tanta dulzura en ser lo que soy ahora». ⁽²⁾

Sólo cuando encuentra completamente transformados sus sentimientos, y volvió á sí mismo después de haber sido como extraño para sí hasta entonces, según la bella expresión de Jenofonte; ⁽³⁾ sólo cuando, después de haber estado alejado de sí mismo por el pecado, vuelve á parecerse á lo que antes había sido, como dice Tales, ⁽⁴⁾ puede hablar de mejoramiento y de conversión.

Mas para esto no bastan las vanas palabras ni la simple buena voluntad; no se alcanza aquel fin de una sola vez. Verdad es que el valor y la actividad sirven de mucho, pero no son suficientes para llegar al fin deseado. Por eso se dice hacer penitencia, y más que esto aún. Una cosa es hacer penitencia, otra los frutos de la penitencia, y otra los dignos frutos de la penitencia. ⁽⁵⁾ Los que se necesitan son estos últimos. ⁽⁶⁾

Sin obras, sin esfuerzo, sin abnegación, ni las raíces del mal serán extirpadas, ni los gérmenes del bien se convertirán en plantas vigorosas. No se corrige un hábito, sino

(1) Basilio, *In Esai. comment.*, n. 34.

(2) Shakespeare, *Como queráis*, IV, 3.

(3) Jenofonte, *Anab.*, 1, 17: 'Εν εαυτῷ ἐγένετο.

(4) "Ὁμοιος σεαυτῷ γίνου (Müllach, *Fragm., phil., Græc.*, I, 216).

(5) Greg. Mag., *In euangel.*, 1, 20, 8. Basilio, *Moral.*, 1, 4; *Epist.*, 22, 3.

(6) Matth., III, 8.